

El dormitorio en el apartamento del consejero. Las cortinas están echadas y la habitación casi a oscuras. Se ve la cama desde detrás y a dos personas acostadas en ella. El diálogo suena a veces amortiguado por las sábanas, de ahí que aparezca en SUBTÍTULOS en la pantalla.

LAURA: ¿Estás despierto?

CONSEJERO: No.

LAURA: Bueno.

CONSEJERO: ¿Qué hora es?

LAURA: Las dos. Casi.

CONSEJERO: Las dos y qué más.

LAURA: ¿Cómo?

CONSEJERO: De la mañana o de la tarde.

LAURA: No hablarás en serio.

CONSEJERO: Solo a medias.

LAURA: De la tarde.

CONSEJERO: Ya lo sé. Eres lo más sexy del mundo.

¿A qué hora sale tu avión?

LAURA: A las siete cuarenta.

CONSEJERO: ¿Qué haces?

LAURA: ¿Yo? Nada.

CONSEJERO: Tendrán que sacarme de aquí con una grúa.

LAURA: Si quieres, hablamos.

CONSEJERO: ¿Crees que deberíamos tomar un café?

LAURA: ¿Lo crees tú?

CONSEJERO: Supongo que no.

LAURA: Me he pasado dos semanas sin verte. Y tengo que volver esta noche.

CONSEJERO: Ya lo sé. Dime algo sexy, anda. Las palabras significan mucho para los hombres.

LAURA: Está bien.

CONSEJERO: Pues venga.

LAURA: Estoy pensando.

CONSEJERO: Bueno.

LAURA: Quiero que me metas la mano por dentro del vestido.

CONSEJERO: Si no llevas vestido...

LAURA: ¿Y qué más da? Es una cosa que te gusta oírme decir.

CONSEJERO: Ya lo sé. Pero tendría que ser de verdad, ¿no?

LAURA: Vale, de acuerdo. Quiero que metas la mano por dentro de mis bragas.

CONSEJERO: Estamos en las mismas. Casi será mejor que digas claramente lo que quieres que te haga.

LAURA: Quiero que me toques.

CONSEJERO: Que te toque dónde.

LAURA: Que me toques ahí abajo.

CONSEJERO: Lo deseas de verdad.

LAURA: Mucho.

CONSEJERO: Dilo un poco más sexy.

LAURA: Quiero que me lo toques.

CONSEJERO: Cielo santo. ¿Estás mojada?

LAURA: Sí. Oooh... Cariño...

CONSEJERO: Pero si estás chorreando.

LAURA: Ya lo sé.

CONSEJERO: ¿Se puede saber cómo te has puesto en este estado?

LAURA: Oooh... Pensando en ti.

CONSEJERO: Pensando qué de mí.

LAURA: En tu dulce cara entre mis muslos.

CONSEJERO: Dios, cómo eres.

LAURA: Cariño... Ay, creo que debería ir a arreglarme.

CONSEJERO: No quiero que te arregles. Quiero que me hagas cosas.

LAURA: ¿Estás seguro?

CONSEJERO: Segurísimo.

LAURA: De acuerdo.

CONSEJERO: ¿Cómo te volviste tan mala?

LAURA: Saliendo contigo. ¿Puedo decirte una cosa?

CONSEJERO: Naturalmente.

LAURA: Pienso que anoche te superaste a ti mismo. Creí que no podía dejar de correrme.

CONSEJERO: ¿Sabes las consecuencias que eso tiene para el ego de un hombre?

LAURA: Sí. ¿Continúo?

CONSEJERO: Por favor.

LAURA: Dios. Despacio. Despacio. Sí. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

CONSEJERO: Saliendo con chicas guarras.

LAURA: Me has echado a perder. Lo sabes, ¿verdad?

CONSEJERO: Eso espero. Dios. Tienes el coño más suculento de toda la cristiandad, ¿lo sabías?

LAURA: ¿Qué dicen las chicas cuando les haces eso?

CONSEJERO: No hay ninguna otra chica. Solo tú.

LAURA: Pero las ha habido.

CONSEJERO: Hace mucho tiempo. Ni me acuerdo.

LAURA: Claro que te acuerdas.

CONSEJERO: ¿En serio quieres saberlo?

LAURA: Sí.

CONSEJERO: Está bien. Normalmente decían «Oh, Dios mío», o «Cristo Jesús». Pero casi siempre algo así, tipo religioso.

LAURA: Eres muy divertido.

CONSEJERO: A ellas les gusta que las hagan reír. Dime qué más quieres que te haga.

LAURA: Tú ya lo sabes.

CONSEJERO: Dilo.

LAURA: ¿Y si te escandalizo?

CONSEJERO: Mala suerte.

LAURA: ¿Seguro?

CONSEJERO: Sí.

LAURA: Vale. Quiero que me folles con el dedo.

CONSEJERO: ¿Qué?

LAURA: Ya me has oído.

CONSEJERO: No me lo puedo creer.

LAURA: Pues créetelo.

CONSEJERO: Estás ya en el siguiente nivel de depravación, ¿no? Yo pensaba que a las chicas no les gustaba demasiado.

LAURA: Depende de la chica.

CONSEJERO: A ti sí.

LAURA: Quiero que metas el dedo y busques el punto y empujes.

CONSEJERO: Cielos. ¿Ahora?

LAURA: No. El jueves.

CONSEJERO: Dios.

LAURA: Oooh... Dios, sí, sí. Oh. Creía que no sabías hacerlo.

CONSEJERO: Yo no he dicho tal cosa. Dios, eres tan seductora...

LAURA: Calla.

CONSEJERO: Vale.

LAURA: Calla. Oh. Dios. Oh, Dios mío.

CRÉDITOS

Taller mexicano. Un operario ataviado con mono y gafas de faena y provisto de un soplete está cortando lateralmente el depósito de un camión cisterna Ford modelo F-650 para aguas residuales.

Taller mexicano. El depósito del camión ha sido cortado en dos y una grúa está introduciendo un bidón de doscientos litros por la parte superior del depósito. El operario está metido dentro esperando para aflojar los ganchos y el cable.

Pradera en el desierto, parecida a la región que rodea Patagonia (Arizona) o a la zona al este de Las Vegas (Nuevo México). Cae la tarde. Hay un Cadillac Escalade blanco aparcado a la vera de un arroyo bajo unos imponentes álamos de Virginia. Enganchado a la trasera del vehículo hay un remolque para dos caballos y el Escalade tiene el portón trasero bajado. La puerta del conductor está abierta y un hombre –Reiner– sentado al volante mira desde la puerta con unos prismáticos. Va bien vestido, con pantalones chinos, camisa de sport y botas de piel, unas Gokey a prueba de serpientes.

Desierto. Cae la tarde. Un guepardo pasa corriendo a gran velocidad.

Amsterdam, una calle con tiendas, un canal. El consejero cruza un puente. Viste un traje de verano, sin corbata, y en una mano lleva una cartera de nailon negro.

Desierto. Una mujer muy atractiva –Malkina– está sentada con las piernas cruzadas en el portamaletas del techo

del Escalade. Luce un sombrero de cowboy negro con la copa chata y barbuquejo de cuero trenzado. Camisa blanca y chaleco de piel, unos pantalones de montar de pana y botas de cuero caras. Lleva la cabellera negra recogida atrás y está mirando por unos prismáticos de los caros acodada sobre sus rodillas.

Taller mexicano. El operario soldando otra vez la parte superior del depósito.

Taller mexicano. El operario está aplicando el cordón de soldadura a lo largo del costado del depósito con una amoladora eléctrica en medio de una lluvia de chispas.

Desierto. Una liebre corre entre la hierba. El guepardo la atrapa y acaba con ella en medio de una nube de polvo.

Desierto. La mujer baja sus prismáticos, cierra los ojos y se aprieta los costados con los codos. Casi da un respingo. Desde tan cerca se ve el gato egipcio que lleva tatuado en un lado del cuello. Un segundo guepardo, que está encadenado al Escalade, se levanta y gira sobre sí mismo antes de echarse otra vez y fija la mirada en la lejanía.

Taller mexicano. Un hombre con mono de faena y mascarilla autofiltrante está pintando a espray el depósito del camión cisterna dentro de un cubículo para pintar.

Oficina de un vendedor de diamantes en Amsterdam. Habitación con paneles de madera, estilo antiguo. El vendedor está en mangas de camisa, con tirantes y corbata. Empuja el microscopio por encima de la mesa. El consejero se inclina sobre el microscopio. Encima de la mesa, entre ambos, hay un paño negro de joyero con siete u ocho diamantes de entre tres y cinco quilates. El consejero levanta la vista y el vendedor alarga el brazo y tira del microscopio hacia sí, hace un gesto con la mano, como quien se encoge de hombros, y retira el diamante de la pinza y lo deja sobre el paño y monta otra piedra en la pinza y empuja de nuevo el mi-

croscopio. El consejero examina la piedra. El vendedor le observa.

Pequeña localidad portuaria mexicana en el golfo de California. Varios camiones están siendo descargados y luego recorren un trecho de muelle en dirección a un almacén con un rótulo sobre la puerta donde reza Aduana. Uno de los vehículos es el camión cisterna de aguas residuales. Le hacen señas para que se arrime y el conductor entrega un sobre marrón al inspector de aduanas, que se lo guarda dentro de la chaqueta. El camión parte hacia la carretera.

Desierto, al ponerse el sol. La mujer cabalga por la pradera casi a galope tendido a lomos de un buen caballo árabe. Silla de montar inglesa. Hace girar a su montura y mira hacia atrás y luego se inclina sobre el pescuezo del caballo para apremiarlo. Los dos guepardos la adelantan y desaparecen entre el polvo.

Desierto en el sudoeste. Montañas rielando a lo lejos. Perspectiva de una larga y recta carretera de asfalto casi líquida en las ondas provocadas por el calor.

Desierto en el sudoeste. El camión cisterna está detenido en el chaparral. El conductor abre la puerta y se yergue, sujetándose al techo de la cabina y a la parte superior de la puerta. Su compañero mira a través del parabrisas con unos gemelos. En lontananza una hilera de rezagados atravesando el chaparral: hombres y mujeres con maletas, con bolsas de ropa al hombro. El que está erguido se saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende y expulsa el humo despacio.

Oficina del vendedor de diamantes.

CONSEJERO: Tiene que ser algo que a ella no le resulte incómodo llevar. No quiero regalarle un diamante tan grande que le dé miedo lucirlo.

VENDEDOR (*asintiendo, un amago de sonrisa*): Seguro que ella es más valiente de lo que imagina.

Saca la piedra de la pinza y ajusta otra y la mira a través de la lupa. Se la acerca a la boca, le echa el aliento y vuelve a examinarla. Se inclina para colocarla bajo el microscopio y se echa hacia atrás otra vez. El consejero adelanta el torso para examinar la piedra. El vendedor le observa.

CONSEJERO: ¿Es un cojín?

VENDEDOR: No. Es un Asscher. Fíjese en las esquinas.

CONSEJERO: Ya veo.

VENDEDOR: Vamos a ponerlo en la caja de luz.

El consejero levanta la vista y extrae la piedra de la pinza con las tenacillas y coge una pequeña gaveta de cartón blanco y coloca encima de ella el diamante.

VENDEDOR: Los lados del cojín forman un ligero arco. Es una versión moderna del llamado corte de la mina vieja. Miremos el color.

El consejero ajusta el microscopio y gira la piedra con las tenacillas.

VENDEDOR: Póngalo de cara a la mesa.

CONSEJERO: Para mirarlo a través del pabellón, quiere decir.

VENDEDOR: Sí. Hay otras cosas que mirar.

CONSEJERO: Parece amarillo.

VENDEDOR: Sí. Es lo que se denomina color del cuerpo. Sigue siendo una piedra blanca, pero el color

del cuerpo probablemente es marrón o amarillo. Los colores empiezan en la D. Un diamante D carece de color.

CONSEJERO: Y los colores van hasta la Z.

VENDEDOR: Así es.

CONSEJERO: Entonces ¿lo que estoy mirando...?

VENDEDOR: Un H.

CONSEJERO: ¿Es bueno, ese color?

VENDEDOR: Sí, muy bueno. El tono amarillo se lo da el nitrógeno. Lo cierto es que cualquier cosa que se diga de un diamante tiene que ver con una imperfección, un defecto. El diamante ideal estaría compuesto únicamente de luz. ¿Ve usted la inclusión?

CONSEJERO: No.

VENDEDOR: Fíjese bien. Es pequeña. Nosotros lo llamamos una pluma. Gire un poquito la piedra.

CONSEJERO: Sí, creo que ya lo veo. (*Levanta la mirada y se retrepa en la silla.*) Bueno, ¿y de qué calidad es?

VENDEDOR: VS-1. Aunque algunos quizá le darían una cualificación más alta.

CONSEJERO: ¿Usted, por ejemplo?

El vendedor se encoge de hombros.

CONSEJERO: A usted le gusta esta piedra.

VENDEDOR: Sí, me gusta.

CONSEJERO: ¿De cuántos quilates es?

VENDEDOR: De tres coma nueve.

CONSEJERO: Es un diamante caro.

El vendedor se encoge de hombros. Tira del microscopio hacia sí y coloca otra piedra en la pinza y lo empuja de nuevo.

VENDEDOR: Dígame lo que ve. Recuerde que no está mirando si encuentra virtudes. Este negocio es muy cínico. Solo buscamos la imperfección. Esta piedra es de cinco quilates. Dígame usted qué ve.

CONSEJERO (*inclinándose hacia el microscopio*): Tal como está.

VENDEDOR: Sí.

CONSEJERO: La faceta del fondo es grande, parece.

El vendedor se encoge de hombros. El consejero examina la piedra.

CONSEJERO: La corona y la parte inferior no encajan. Es como si la faja estuviera torcida.

VENDEDOR (*levantando las cejas*): Muy bien.

CONSEJERO (*mira al vendedor*): Pero no hay diamante perfecto.

VENDEDOR: *En este mundo nada es perfecto.** Como diría mi padre.

CONSEJERO: Usted es sefardí.

VENDEDOR: Lo soy.

CONSEJERO: ¿Conoce España?

VENDEDOR: Sí. Y ella me conoce a mí. Hubo un tiempo en que pensé que España volvería de la tumba, pero no va a ser así. Todos los países que han expulsado a los judíos han sufrido el mismo destino.

CONSEJERO: ¿Cuál?

VENDEDOR: Bah, mejor que no se lo cuente. Hablemos de las piedras. La más valorada es el diamante rojo. Procede de la mina Argyle. Es, por tanto, muy

* Los parlamentos en cursiva están en castellano en el original. (*N del T.*)

raro. En mi larga vida he visto solo dos. El precio no lo quiera usted ni imaginar.

CONSEJERO: Pues me gustaría conocerlo.

VENDEDOR (*echándose hacia atrás y escrutando al consejero*): ¿En serio?

CONSEJERO: Sí.

VENDEDOR: Uf. Veamos. No existe otra cultura que la semítica. Ya está. La última cultura conocida antes de la semítica fue la griega, y ya no habrá otra después.

CONSEJERO: Me parece una afirmación muy atrevida.

VENDEDOR: El núcleo de toda cultura está en la naturaleza del héroe. ¿Quién es ese hombre venerado? En el mundo clásico fue el guerrero. Pero en el mundo occidental es el hombre de Dios. Desde Moisés hasta Cristo. El profeta. El penitente. Una figura desconocida para los griegos. Inaudita, inimaginable. Porque puede haber un hombre de Dios, pero no un hombre de dioses. Y este Dios es el Dios del pueblo judío. No existe otro. En Occidente asistimos a su... ¿cómo se dice?, a su sustracción. Sustraer es la palabra. ¿Y cómo se roba un Dios? El judío contempla al torturador ataviado con las vestiduras de su propia cultura milenaria. Todo tiene una extraña familiaridad. Pero las prendas no caen bien y de las manos siempre mana sangre. Esa capa, ¿no era del tío Chaim? ¿Y esos zapatos? Basta. Ya veo cómo me mira. Dejemos la filosofía. Schiller probablemente tenía razón. Cuando los dioses eran más humanos los hombres eran más divinos. Las piedras mismas tienen su propia visión de las cosas. Tal vez no son tan silenciosas

como usted piensa. Brotaron de la tierra cuando aún no había testigos, pero ya ve, aquí están. Bien. ¿Quién será su testigo? Nosotros dos. Aquí. (*Ajustando una piedra en la pinza.*) Esta es una piedra con moraleja.

CONSEJERO: Un diamante con moraleja.

VENDEDOR: Claro. ¿Y por qué no? Aunque imagino que todo diamante tiene su moraleja. Aun tratándose de algo con frecuencia inalcanzable, no es un pequeño objeto de deseo. Participar del destino infinito de la piedra: ¿no es ese acaso el sentido del embellecimiento? Realzar la belleza del ser amado es admitir tanto su fragilidad como la nobleza de dicha fragilidad. En un alarde de noble comportamiento pregonamos ante la oscuridad que lo fugaz de la vida no nos intimida. Que no nos dejaremos menoscabar por ello. Permita que se lo muestre. Ya verá.

Cae la tarde. Malkina está sentada en una silla de camping ante una mesa plegable cubierta con un mantel de hilo, además de porcelana y cubiertos. Una lámpara de aceite alumbra sobre la mesa y la mujer está leyendo un libro. Reiner le deja delante un vaso alto con una cereza dentro y se inclina coctelera en mano y le sirve un manhattan. Ella alza los ojos y sonrío. Él se acerca al fuego y le da la vuelta a dos filetes que se están haciendo en la parrilla. Los dos caballos pacen a escasa distancia de allí. Los guepardos, atados, se agitan; uno se alza y gira sobre sí mismo antes de tumbarse de nuevo. La mujer toma un sorbo del combinado.

Desierto. Cae la tarde. Reiner y Malkina están en un promontorio en medio de la pradera contemplando el ocaso. Medio sol se ha puesto ya. El cielo es enorme y rojo.

REINER: Te gusta porque te recuerda a Argentina.
MALKINA: Es como Argentina, igual. La pampa. Pero no me gusta por eso. Me gusta por sí mismo.
REINER: No tiene por qué ser igual que otra cosa.
MALKINA: Claro.
REINER: ¿Te recuerdo yo a otra persona?
MALKINA: Sí, la verdad.
REINER: ¿Alguien a quien echas de menos?
MALKINA: Alguien que murió. No creo que eche de menos nada. Las cosas están y de un día para otro ya no están. Echarlas de menos es confiar en que volverán. Pero las cosas no vuelven. Eso lo he sabido siempre, desde que era una niña.
REINER: ¿No te parece un poco frío?
MALKINA: Yo creo que la verdad no tiene temperatura. Mira, ya está.

El sol desaparece tras el horizonte.

Desierto. El sol acaba de ponerse. Montañas peladas de un tono morado recortándose oscuras contra un cielo vespertino con franjas de un rojo intenso. En la lejanía el gemido agudo y fino de una motocicleta; lentamente va cobrando volumen. Muy lentamente. Luego cruza la media distancia en una pequeña fracción de segundo, apenas un parpadeo, y se pierde a lo lejos hacia el silencio.

FIN DE LOS CRÉDITOS

Un coqueto restaurante en el interior de un club privado. Una veintena de mesas, los comensales bien vestidos, las